

demostremos libres de este embarazo que sentimos en las dádivas y limosnas que los fieles nos ofrecen, es necesario para adelante tomar forma de gobierno. En esta materia conviene que ahora determineis el modo y orden que se ha de guardar en recibir y dispensar el dinero y dádivas que nos ofrecieren.

105. Para tomar medio conveniente en este gobierno, se halló algo embarazado todo el colegio de los Apóstoles y discípulos; y propusieron diversos arbitrios. Algunos dijeron que se nombrase un mayordomo que recibiera todo el dinero y ofrendas, y lo distribuyese y gastase, acudiendo á las necesidades de todos. Pero este arbitrio, con el ejemplo de Judas, no se abrazó tan bien entre aquel colegio de pobres y discípulos del Maestro de la pobreza. Á otros les pareció que se depositase todo y entregase á persona de confianza fuera del colegio, que fuese dueño y señor dello, y acudiese con los frutos ó como réditos á la necesidad de los otros fieles; y también en esto se hallaron dudosos, como en otros medios que se proponían. La gran Maestra de humildad María santísima oyó á todos sin hablar palabra; así porque daba aquella reverencia á los Apóstoles, como porque si dijera primero su parecer, ninguno manifestara su propio dictámen; y aunque era Maestra de todos, siempre se portaba como discípula que oía y aprendía. Pero san Pedro y san Juan, viendo la diversidad de arbitrios que se proponían por los demás, suplicaron á la divina Madre que se encaminase á todos en aquella duda, declarándoles lo mas agradable á su Hijo santísimo.

106. Obedeció luego, y hablando á toda aquella congregacion, les dijo: *Señores y hermanos míos, yo estuve en la escuela de nuestro verdadero maestro, mi Hijo santísimo, desde la hora que nació de mis entrañas, hasta que murió y subió á los cielos; y en el discurso de la vida divina jamás le ví, ni conocí (*) que tocase, ni tratase por su mano el dinero, ni tampoco que admitiese dádiva de mucho valor ó precio. Y cuando recién nacido recibió los dones que adorándole ofrecieron los Reyes de Oriente¹, fue por el misterio que significaban, y para no frustrar los piadosos intentos de aquellos Reyes, que eran las primicias de las gentes. Pero sin dilacion, estando en mis brazos, me ordenó que luego los distribuyese entre los pobres y en el templo, como lo hice. Y muchas veces me dijo en su vida, que entre los altos fines para que vino al mundo en forma humana, uno fue levantar la pobreza, y enseñarla á los mortales, de quienes era aborrecida; y con su conversacion, doctrina y vida santísima siempre me manifestó, y así lo*

(*) Véase la nota V. — ¹ Matth. II, 11.

entendí, que la santidad y perfeccion, que venia á enseñar, se habia de fundar en suma pobreza voluntaria, y desprecio de las riquezas: y cuanto esta fuese mayor en la Iglesia, tanto se levantaria la santidad que en todos tiempos tuviese; y así se conocerá en los futuros.

107. *Pues habiendo de seguir los pasos de nuestro verdadero Maestro, y poner en práctica su doctrina, para imitarle y fundar su Iglesia con ella y con su ejemplo; necesario es que todos abracemos la mas alta pobreza, y la veneremos y honremos como á madre legítima de las virtudes y santidad. Y así me parece que todos apartemos el corazón del amor y codicia de las riquezas y dinero; y que todos nos abstengamos de recibirlo y tratarlo, y de admitir dádivas grandes y de mucho valor. Y para que á ninguno toque la avaricia, se pueden elegir seis ó siete personas de vida aprobada, y de virtud bien fundada, que reciban las ofrendas y limosnas, y lo demás de que los fieles se quieren desposeer, para vivir mas seguros y seguir á Cristo mi Hijo y su Redentor sin embarazo de hacienda. Y todo esto tenga nombre de limosna, y no de renta, ni dinero, ni de rédito; y el uso de ello sea para las necesidades comunes de todos, y de nuestros hermanos los pobres, necesitados y enfermos; y ninguno en nuestra congregacion, ni la Iglesia reconozca cosa alguna por suya propia mas que de sus hermanos. Y si no bastaren para todos estas limosnas ofrecidas por Dios, pediránlas en su nombre los que para esto fueren señalados: y todos entendamos que nuestra vida ha de pender de la altísima providencia de mi Hijo santísimo, y no de la codicia, ni del dinero, ni de adquirirlo, y de juntar hacienda con pretexto de sustentarnos, mas que con la confianza y mendicacion moderada, cuando sea necesaria.*

108. Ninguno de los Apóstoles ni de los otros fieles de aquella santa congregacion replicó á la determinacion de su gran Reina y nuestra; sino todos abrazaron y admitieron su doctrina, reconociendo que ella era la única y legítima discípula del Señor y Maestra de la Iglesia. La prudentísima Madre, por disposicion divina, no quiso fiar de alguno de los Apóstoles esta enseñanza y el asentar en la Iglesia el sólido fundamento de la perfeccion evangélica y cristiana; porque obra tan ardua pedia el magisterio y el ejemplo de Cristo y de su misma Madre. Ellos fueron los inventores y artifices de esta nobilísima pobreza, y los que primero la honraron y profesaron; y á los dos Maestros siguieron los Apóstoles y todos los hijos de la primitiva Iglesia. Perseveró este modo de pobreza por muchos años. Despues, por la fragilidad humana y por la malicia del enemigo, no se conservó en todos, y se vino á reducir la pobreza voluntaria á solo el es-

tado eclesiástico. Y porque tambien la dificultó el tiempo ó la imposibilidad, levantó Dios el estado de las religiones, donde con alguna diversidad de institutos se renovó y resucitó la pobreza primitiva en todo ó en la mayor parte; y así se conservará en la Iglesia hasta su fin, gozando de los privilegios de esta virtud los que mas ó menos la siguen, la honran y la aman. Ningun estado de los que aprueba la santa Iglesia se excluyó de la perfeccion proporcionada; y ninguno tiene excusa de no seguir la mas alta en el estado que vive. Pero como en la casa de Dios hay muchas mansiones ¹, tambien hay órden y grados; tenga cada uno el que le toca segun el género de su estado. Mas entendamos todos, que el primer paso en la imitacion y secuela de Cristo es la voluntaria pobreza; y el que la siguiere mas ahorrado, puede alargar los pasos mas ligeramente para allegarse mas á Cristo y participar con abundancia de las otras virtudes y perfecciones.

109. Con la determinacion de María santísima se concluyó aquella junta del colegio apostólico, y fueron nombrados seis varones prudentes para recibir limosnas y dispensarlas. La gran Señora pidió la bendicion á los Apóstoles que salieron á continuar su ministerio; y los discípulos á prevenir los catecúmenos para recibir el Bautismo el dia siguiente. La Reina con asistencia de sus Ángeles y de las otras Marías salió á disponer y aliñar la sala donde su Hijo santísimo celebró las cenas; y por su mano la limpió y barrió para volver á consagrar en ella el dia siguiente como estaba tratado. Pidió al dueño de la casa el mismo adorno que se puso el jueves de la cena (como dije en su lugar ²), y el devoto huésped lo ofreció todo con suma veneracion en que tenia á María santísima. Previno tambien su alteza el pan cenceño y vino necesario para la consagracion, y tambien el mismo plato y cáliz en que habia consagrado nuestro Salvador. Y para el Bautismo previno agua pura, y bacías en que se hiciese con facilidad y decencia. Con esta prevencion se retiró la piadosa Madre, y pasó aquella noche en ferventísimos afectos, postraciones, haciimiento de gracias y otros ejercicios con altísima oracion, ofreciendo al eterno Padre todo lo que con altísima sabiduría conoció para disponerse dignamente para la comunión que esperaba, y para que los demás tambien la recibiesen con agrado de su altísima Majestad; y lo mismo pidió por los que habian de ser bautizados.

110. El dia siguiente por la mañana, que fue el octavo de el Espíritu Santo, se juntaron en la casa del cenáculo todos los fieles y

¹ Joan. xiv, 2. — ² Part. II, n. 1158, 1181.

catecúmenos con los Apóstoles y discípulos, y estando congregados les predicó san Pedro, declarándoles la condicion y excelencia del sacramento del Bautismo, la necesidad que dél tenian y los efectos divinos que por él recibirian; quedando señalados por miembros del cuerpo místico de la Iglesia con el carácter interior; y reengendrados en el ser de hijos de Dios y herederos de su gloria por la gracia justificante y remision de los pecados. Exhortóles á la guarda de la divina ley, á que se obligaban por su voluntad propia, y al humilde agradecimiento de este beneficio y de todos los demás que de la mano del Altísimo recibian. Declaróles asimismo la verdad del misterio sacrosanto de la Eucaristía que se habia de celebrar, consagrando el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo, para que todos le adorasen, y se preparasen los que despues del Bautismo le habian de recibir.

111. Con este sermón se fervorizaron todos los nuevos convertidos; porque su disposicion era de todo corazón verdadera, las palabras del Apóstol vivas y penetrantes, y la gracia interior muy copiosa. Luego se comenzó el Bautismo por mano de los Apóstoles con gran órden y devocion de todos. Para esto entraban los catecúmenos por una puerta del cenáculo y salian por otra ya bautizados, y asistian á guiarlos sin confusion los discípulos y otros fieles. Á todo estaba presente María santísima, aunque retirada á un lado del cenáculo; y por todos hacia oracion y cánticos de alabanza. Conocia en cada uno el efecto que hacia el Bautismo en mayor ó menor grado de las virtudes que se le infundian. Miraba y conocia que todos eran renovados y lavados en la sangre del Cordero, y que sus almas recibian una pureza y candidez divina. Y en testimonio de esto, á vista de todos los que estaban presentes, descendia una clarísima y visible luz del cielo sobre cada uno que se acababa de bautizar. Con esta maravilla quiso Dios autorizar el principio de este gran Sacramento en su Iglesia, y consolar á aquellos primeros hijos que por esta puerta entraban en ella, y á nosotros que alcanzamos esta dicha menos advertida y agradecida de lo que debemos.

112. Concluyóse esta accion del Bautismo, aunque pasaron de cinco mil los que este dia le recibieron. Y mientras los bautizados daban gracias por tan admirable beneficio, se pusieron los Apóstoles un rato en oracion con todos los discípulos y otros fieles. Y todos se postraron en tierra confesando y adorando al Señor Dios infinito y inmutable, y la propia indignidad para recibirle en el augustísimo Sacramento del altar. Con esta profunda humildad y adoracion se

prepararon de próximo para comulgar. Y luego dijeron las mismas oraciones y salmos que Cristo nuestro Señor había dicho antes de consagrar, imitando en todo aquella acción, como la habían visto hacer á su divino Maestro. Tomó san Pedro en sus manos el pan ázimo que estaba preparado, y levantando primero los ojos al cielo con admirable reverencia, pronunció sobre el pan las palabras de la consagración del cuerpo santísimo de Cristo, como las dijo antes el mismo Señor Jesús¹. Al punto fue lleno el cenáculo de un resplandor visible con inmensa multitud de Ángeles; y toda esta luz se encaminó singularmente á la Reina del cielo y tierra advirtiéndola todos. Luego san Pedro consagró el cáliz, y con el sagrado cuerpo y sangre hizo las mismas ceremonias que nuestro Salvador, levantándolos para que todos lo adorasen. Tras de esto se comulgó el Apóstol á sí mismo luego á los once Apóstoles como María santísima se lo había prevenido. Y luego por mano de san Pedro comulgó la divina Madre, asistiéndola con inefable reverencia los espíritus celestiales que allí estaban. Y para llegar la gran Señora al altar hizo tres humillaciones y postraciones hasta llegar con su rostro al suelo.

113. Volvió luego á su lugar, donde antes había estado, y no es posible manifestar con palabras los efectos que hizo en esta suprema criatura la comunión de la Eucaristía; porque toda fue transformada y elevada; toda absorba en aquel divino incendio del amor de su Hijo santísimo, que con su cuerpo sagrado participó. Quedó elevada y abstraída; pero los santos Ángeles la encubrieron algo por voluntad de la misma Reina, para que los circunstantes no atendiesen más de lo que convenia á los efectos divinos que en ella se pudieran conocer. Prosiguieron los discípulos comulgando después de nuestra Reina; y tras ellos comulgaron los otros fieles que antes habían creído. Pero, de los cinco mil bautizados, comulgaron aquel día solos mil; porque no todos estaban harto capaces ni prevenidos para recibir al Señor con el conocimiento y disposición tan atenta que pide este gran Sacramento y misterio del altar. La forma de comunión que usaron este día los Apóstoles fue comulgando todos con María santísima y los ciento y veinte, en quienes vino el Espíritu Santo en ambas especies de pan y vino; pero los recién bautizados solo comulgaron en las especies de pan. Mas esta diferencia no se hizo porque los nuevos fieles fuesen menos dignos de unas especies que de otras; sino porque los Apóstoles conocieron, que en cualquier especie recibían una misma cosa por entero, que era á Dios sacramentado; y que no

¹ II Cor. xi, 24.

había precepto para cada uno de los fieles, ni tampoco necesidad de comulgar en ambas especies; y para la multitud hubiera gran peligro de irreverencia y otros inconvenientes muy graves en comulgar las especies del *sanguis*; los que no había entonces para pocos que le recibieron. Pero desde la primitiva Iglesia he entendido que se comenzó la costumbre de comulgar en sola especie de pan los que no celebraban ni consagraban. Y aunque también algunos sin ser sacerdotes comulgaban algún tiempo en ambas especies; mas creciendo la santa Iglesia, dilatada por todo el mundo, convenientemente ordenó, como gobernada por el Espíritu Santo, que los legos y los que no consagran en la misa comulgasen solo el cuerpo sagrado; y tocarse á los que celebran este divino convite comulgar ambas especies que consagran. Esta es la seguridad de la santa Iglesia católica romana.

114. Acabada la comunión de todos, san Pedro dió también fin al sagrado misterio con algunas oraciones y salmos que en haciéndole de gracias y peticiones ofreció él y los demás Apóstoles; porque entonces aun no se habían señalado, ni ordenado otros ritos, y ceremonias, y deprecaciones que después se fueron añadiendo en el diverso tiempo para acompañar la sagrada acción del consagrar, así antes como después de la consagración y comunión. Hoy felicísima, santa y sabiamente, tiene ordenado la Iglesia romana todo lo que para este misterio contiene la misa que celebran los sacerdotes del Señor. Después de todo lo dicho se quedaron los Apóstoles otro rato en oración. Y cuando fue tiempo (porque ya era tarde aquel día) salieron á otras cosas y á recibir el alimento necesario. Nuestra gran Reina y Señora dió gracias al muy alto por todos, en que se complació su voluntad divina, y aceptó las peticiones que su amada le hizo por los presentes y ausentes en la santa Iglesia.

Doctrina que me dió la gran Reina de los Ángeles María santísima.

115. Hija mía, aunque en la vida presente no puedas penetrar el secreto del amor que yo tuve á los hombres, y el que siempre les tengo; con todo eso, sobre lo que has entendido, para tu mayor enseñanza, quiero advertirte de nuevo como el Altísimo, cuando en el cielo me dió título de Madre de la santa Iglesia y de su Maestra; entonces me infundió una participación inefable de su infinita caridad y misericordia con los hijos de Adán. Y como yo era pura criatura, y el beneficio tan inmenso; con la fuerza que en mí obraba, perdiera

muchas veces la vida natural, si el poder divino con milagro no me conservara. Estos efectos sentia muchas veces en el mismo agradecimiento que tenia cuando entraban algunas almas en la Iglesia y despues en la gloria; porque yo sola conocia enteramente esta dicha y la pesaba; y como la conocia, la agradecia al muy alto con intenso favor y humillacion. Pero cuando mas desfallecia en mis afectos era cuando pedia la conversion de los pecadores, y cuando alguno de los fieles se perdia. En estas y otras ocasiones, entre el gozo y el dolor, padecí mucho mas que los Mártires en todos sus tormentos; porque por cada una de las almas obraba con fuerza sobreexcelente y sobrenatural. Todo esto me deben los hijos de Adan, que por ellos ofreci tantas veces la vida. Y si ahora no estoy en aquel estado para ofrecerla; el amor con que solicito su salud eterna no es menos, sino mas alto y mas perfecto.

116. Y si tal fuerza tuvo en mí el amor de Dios para con los prójimos, de aquí entenderás cuál seria la que sentia con el mismo Señor cuando le recibia sacramentado. En esto te declaro un secreto de lo que me sucedió la primera vez que le recibí de mano de san Pedro; que en esta ocasion dió lugar el Altísimo á la violencia de mi amor hasta que mi corazon se abrió realmente, y dió lugar, como yo lo deseaba, para que mi Hijo sacramentado entrase y se depositase en él como rey en su legítimo trono y custodia. Con esto entenderás, carisima, que si en la gloria, de que gozo, pudiera tener dolor; una de las causas que me le diera mayor es la formidable groseria y atrevimiento de los hombres en llegar á recibir el sagrado cuerpo de mi Hijo santísimo; unos inmundos y abominables, otros sin veneracion y respeto, y casi todos sin atencion, sin conocimiento y sin reparo de lo que pesa y vale aquel bocado, que no es menos que el mismo Dios, para eterna vida ó eterna muerte.

117. Teme, pues, ó hija mia, este atrevido peligro; llórale en tantos hijos de la Iglesia, pide al Señor el remedio; y con la doctrina que te doy hazte digna de conocer y ponderar profundamente este misterio de amor; y cuando llegas á recibirle, sacude y limpia de tu entendimiento toda especie de cosa terrena; á ninguna atiendas fuera de que vas á recibir al mismo Dios infinito y incompreensible. Extiéndete sobre tus fuerzas en el amor, en la humildad y en el agradecimiento; pues todo será menos de lo que debes y de lo que pide tan venerable misterio. Para disponerte mejor, será tu dechado y espejo lo que yo hacia en estas ocasiones; en que especialmente quiero me imites interiormente, como lo haces en las tres humilla-

ciones corporales; y tambien es de mi agrado la cuarta que tú has añadido para dar reverencia á la parte de carne y sangre que está en el Sacramento, como de mis entrañas la recibió mi Hijo santísimo; y con mi leche se aumentó y creció. Continúa siempre esta devocion; pues así es verdad que está en el cuerpo consagrado parte de mi propia sangre y sustancia, como tú lo has entendido. Y si con el afecto que tienes sintieras gran dolor si vieras hollar el sagrado cuerpo y sangre, y que alguno lo pisaba con desprecio y por ignominia; lo mismo debes sentir con amargura y llanto, sabiendo como le tratan hoy tantos hijos de la Iglesia con irreverencia y sin algun temor ni decoro. Lloro, pues, esta desdicha; lloro, porque hay pocos que la lloren, y lloro, porque se frustran los fines tan pretendidos con el inmenso amor de mi Hijo santísimo. Y para que llores mas te hago saber, que como en la primitiva Iglesia eran tantos los que se salvaban, ahora lo son los que se condenan. Y no te declaro en esto lo que sucede cada dia; porque si lo entendieras, y tienes caridad verdadera, murieras de dolor. Este daño sucede porque los hijos de la fe siguen las tinieblas, aman la vanidad, codician las riquezas, y casi todos apetezen el deleite sensible y engañoso, el cual ciega y escurece el entendimiento, y le pone densas tinieblas, con que no conoce la luz, ni sabe hacer distincion entre lo malo y lo bueno, ni penetra la verdad y doctrina evangélica.

CAPÍTULO VIII.

Declárase el milagro con que las especies sacramentales se conservaban en María santísima de una comunión para otra; y el modo de sus operaciones, despues que descendió del cielo á la Iglesia.

Razon de tratar de propósito del beneficio de conservarse siempre las especies sacramentales en María. — Razon principal de haber hecho el Señor este singular beneficio á su Madre. — Razones de conveniencia y equidad que tuvo para hacerlo. — Alteza con que recompensó Cristo con su continua presencia sacramental en su Madre la que gozaba María, cuando vivia en carne mortal su Hijo. — Consiguio Cristo con este beneficio la palabra que dió á la Iglesia, de estar con los fieles hasta el fin del mundo. — Sola María fue el templo y sagrario en que por algunos años se conservó el santísimo Sacramento. — En qué forma estuvo en María para provecho de la Iglesia. — Como hizo María mas feliz aquel siglo siendo custodia del Sacramento, que estos en que tiene tantas. — Consiguio Cristo con este beneficio adecuadamente el fin de haberse quedado en este Sacramento. — Era tal el amor de Cristo á su Madre, que si no la acompañara siempre en este Sacramento, volviera al mundo á hacerla compañía. — Razon de esta ponderacion de el amor de